

---

## LA VIDA EN CONSTANTINOPLA.

---

En casa de mi buen amigo Santoro, reuníanse todas las noches muchos italianos, abogados, artistas, médicos, comerciantes, con los cuales pasé alegres horas.

¡Aquello sí que era conversacion!

Si hubiese sido taquígrafo, cada noche habría sacado de la tertulia un libro amenísimo.

El médico que había visitado un haren, el pintor que fué al Bósforo á retratar á un Bajá, el abogado que defendiera una causa ante los tribunales, el desocupado que había visto estrecharse el nudo de un amorcillo internacional... cada uno contaba sus aventuras, y cada cuento equivalía á graciosísimo boceto de costumbres orientales. A cada momento se escuchaban diálogos de esta índole.

Llegaba uno:

—¿Sabeis qué ha ocurrido esta mañana? El Sultán ha arrojado un tintero á la cabeza del ministro de Hacienda!

Llegaba otro:

—¿Habeis oido la gran nueva? El gobierno, despues de tres meses, ha pagado al fin los sueldos á los empleados, y Galata se halla inundada por un torrente de monedas de cobre!

Llegaba un tercero, y contaba que un turco presidente de un tribunal, irritado por las malas razones con las cuales cierto perverso abogado francés defendía una mala causa, le había dirigido el siguiente bello cumplido en presencia de todo el auditorio:

—Querido abogado, es inútil que te afanes tanto para hacer parecer buena tu causa; la... (y aquí había pronunciado con todas sus letras la palabra de Cambronne); por más que vuelvas y revuelvas tus argumentos, siempre será eso una... (y pronunció segunda vez la palabra aludida).

La conversacion, naturalmente, giraba de continuo en un campo geográfico enteramente nuevo para mí.

Con la misma frecuencia que entre nosotros se alude á personas y cosas de París, Viena ó Ginebra, se hablaba de personas y cosas de Tiflis, de Trebisonda, de Teheran, de Damasco, en todos cuyos puntos uno tenía un amigo, otro había estado algun tiempo, un tercero deseaba ir, y yo me encontraba en el centro de otro mundo á cuyo rededor divisaba novísimos horizontes. Y á veces pensaba con cierta amargura en el día en que de-

bía volver á entrar en el estrecho círculo de mi vida ordinaria. ¿Cómo podré acostumbrarme, decía para mí, á aquellos habituales razonamientos y á aquellos casos habituales? Y hé aquí un sentimiento comun á todos los europeos de Constantinopla. Para quien ha vivido aquella vida, cualquiera otra ha de resultar necesariamente descolorida y uniforme y monótona.

Es una vida más ligera, más fácil, más juvenil que la vida de cualquiera ciudad europea.

Pasar la existencia allí como acampado en país extranjero en medio de continua sucesion de acontecimientos extraños é imprevistos, acaba por infundir cierto sentimiento de la inestabilidad y futilidad de las cosas mundanas, que se asemeja mucho á la fé fatalista de los musulmanes y á una especie de serenidad inconsciente de aventurero.

La índole de aquel pueblo que vive, como dice un poeta, en una cierta familiaridad íntima con la muerte, considerando la vida como peregrinacion, durante la cual ni hay tiempo ni mete codicia para prefijarse grandes ideales ni grandes fines que conseguir tras largas fatigas; la índole, repito, de tal pueblo que de tal manera vive, se adhiere poco á poco al europeo mismo, y lo reduce á vivir al día hasta cierto punto, sin sondear los senos de su conciencia, y procurando hasta donde le es posible representar en el mundo el simple y

reposado papel de público. Tener que habérselas con pueblos tan diversos, debiendo pensar y hablar, acomodándose un tanto á la manera de ser de los demás, dá al espíritu tal ligereza y superficialidad en sus actividades, que lo hace revolotear por cima de muchos sentimientos é ideas, segun los cuales nosotros en nuestros países quisiéramos que se informase el mundo; y para obtenerlo, ó por no poderlo obtener, nos afanamos constantemente.

Por otra parte, la presencia del pueblo musulman, objeto contínuo de curiosidad y observacion, es espectáculo cotidiano que alegra la mente y la desvía de muchos pensamientos, de muchos cuidados y hasta de muchas preocupaciones.

Ayuda no poco á esto la forma de la ciudad; para lo cual no bastarían las nuestras, donde la mirada y el pensamiento casi siempre se aprisiona en las calles ó en angosto circuito, mientras que allí, á cada paso, ojos y mente hallan escapatoria, por cuyas salidas se esparcen en inmensas y risueñas lontananzas. Hay, en fin, ilimitada libertad concedida por la variedad grandísima de las costumbres, y de aquí que todo se puede hacer y nada llama la atencion. La noticia de la cosa más extraña muere tan pronto como nace á la inmensa anarquía moral. Los europeos viven á la manera de repúblicas confederadas, donde se goza de una libertad análoga á la que se disfrutaría en cual-

quiera capital europea, en los primeros instantes de un cambio radicalísimo en el órden de cosas y de instituciones, ó como en un baile de máscaras interminable, ó en un perpétuo carnaval.

Por esto más que por la belleza, Constantino-pla es una ciudad en que no se puede habitar algun tiempo sin recordarla despues por toda la vida con un sentimiento de casi nostalgia. Por esto tambien los europeos la aman con entusiasmo y echan allí profundas raíces.

Y justo es en este sentido llamarla como la llaman los turcos «La hada de los mil amantes», ó decir con el proverbio *que quien ha bebido el agua de Top-hané, no tiene remedio, queda enamorado para toda la vida.*

---

## LOS ITALIANOS.

---

La colonia italiana es una de las más numerosas de Constantinopla, pero no de las más prósperas.

Cuenta pocos ricos, muchos miserables, obreros especialmente en su mayoría de la Italia meridional, que faltos de trabajo emigran, y figura á la cabeza (empezando por la cola) de las más mezquinamente representadas en la prensa, porque sus periódicos no hacen sino nacer y morir.

En mi tiempo se esperaba la aparición de *El Levantino*, y había aparecido en el ínterin un prospecto en que anunciaba los títulos académicos y los méritos particulares de su futuro director: setenta y siete en total, sin contar la modestia.

Es preciso pasear por la mañana en la calle de Pera, cuando las familias italianas van á misa,

para oír hablar todos los dialectos de Italia. Yo me divertía con esto, mas no siempre. A veces me inspiraban compasión tantos conciudadanos míos sin patria, muchos de los cuales arribaron allí Dios sabe por qué causas. Y al contemplar aquellos ancianos que acaso no volverían á ver la cara Italia; aquellos niños en cuyo espíritu el nombre amado de la madre patria no debía despertar sino la imagen confusa de un país querido y lejano; aquellas muchachas destinadas acaso á casarse con hombres de otra nación, creando familias en las que no quedaría de italiano despues de algun tiempo más que el nombre y la memoria de la madre, la piedad ocupaba el sitio de la diversion y de la alegría allá en el fondo de la conciencia.

Veía bellas genovesitas, que se me figuraban recién llegadas de los jardines de Acquasola, lindos rostros napolitanos, cabecitas caprichosas que me empeñaba en haber encontrado varias veces bajo los pórticos de Po, ó bajo la galería de Milan. ¡De buena gana las atara á todas con una cinta color de rosa, las embarcara en el primer buque que fuera con rumbo á Italia, y me las habría traído navegando á toda máquina!

Por curiosidad tampoco habría dejado de traerme, á ser posible, un modelo del italiano que se habla en Pera por los nacidos en el país, hijos de la colonia, especialmente de los de la tercera ó

cuarta generacion. ¡El académico de la Crusca (1) que lo oyese, se iba derecho á la cama con tercianas por lo ménos. El idioma que formarían mezclando su italiano un portero piamontés, un cacharrero lombardo y un demandadero romañolo, creo que sería una lengua ménos desdichada que la que se pronuncia á orillas del Cuerno de Oro! Se reduce á un italiano, no ya bastardo, lleno de excrecencias, de apéndices, sino compuesto en sin igual mixtura, de una mescolanza de varias otras lenguas y dialectos bastardeados á su vez de otras varias razas, naciones y pueblos!

Y lo curioso del caso es, que de cuando en cuando, entre los infinitos barbarismos que se oyen, se escuchan frases de los que poseen alguna cultura y educacion, escogidas, vocablos verdaderamente admirables y hasta ilustres, como v. gr. los *puote*, los *imperocche*, los *a ogni piè sospinto*, los *havvi*, los *puossi*, palabras todas que recuerdan la lectura de la Antología y los autores clásicos y selectos, con las cuales buscan y procuran muchos de nuestros compatriotas de los buenos tiempos, de vez en cuando llenarse la boca en *el celestial hablar de los toscanos*.

Y éstos, comparados con el resto, bien deben

(1) Academia de la Crusca, establecida en 1582 en Florencia con el fin de perfeccionar la lengua toscana.— A ella se debe un magnífico diccionario italiano, entre otros servicios literarios prestados á la patria.

reclamar para sí la fama de correctos hablistas, como dice Cesari refiriéndose á los otros. Los hay, de los que nos ocupan, que no se les entiende una sola palabra.

Cierto día me acompañaba el hijo de un amigo mio, jóven de diez y seis ó diez y siete años, el cual noté que se callaba muy buenas cosas por el camino. Íbamos no sé dónde. El caso es que viendo yo su obstinado silencio, y que se empeñaba en no contestar sino á medias palabras, por signos y ademanes y con alguna que otra frase de esas comunes, vulgares, y por decirlo así, estereotipadas, me decidí á preguntarle:

—Pero ¡qué tienes, que bajas la cabeza y se te sube el pavo á cada pregunta que te hago?—porque en efecto se ponía encarnado como la grana á cada interrogacion mia.

—¡Qué he de tener!—me contestó;—¡que hablo tan mal...!—y lanzó un suspiro.

A los pocos minutos me persuadí que rumiaba un italiano raro, original, cuajado de vocablos incomprensibles que guardaban cierta semejanza con el lenguaje denominado franco, que consiste, segun un escritor humorista francés, en un *pisto* de modismos y palabras italianas, españolas, francesas, griegas, que ni Dios (como dicen en España) las entiende, y que se vomitan rapidísimamente, empedrando con ellas la oracion, hasta que se convence el que habla de que su audito-

rio lo ha comprendido sobre poco más ó ménos.

Mas la conviccion penetra en el sujeto bien pronto en Pera, donde casi todo el mundo, incluso los turcos, entienden algo el italiano. Pero esta... coleccion de... cosas, constituye realmente una lengua, si se puede llamar lengua, exclusivamente hablada, si se puede llamar hablada; porque ya advertirán mis lectores que tal jerga no se escribe: esto es, que por fortuna no conoce *una literatura*; no ha alcanzado todavia la madurez de ese período de las lenguas apellidado *literario* por los filólogos, cuando un idioma aborda la escritura, época reflexiva del lenguaje de los pueblos. ¡Oh, no, no existe esa literatura italiana! La lengua comunmente usada cuando se escribe, es el francés.

El único modelo de aquel género de que conservo memoria, se reduce á unos versillos en los cuales aludia el poeta en *italiano* á los céfiros, los suspiros y otras exhalaciones melancólicas en ocho renglones cortos debajo de las noticias de la Bolsa. Y estaba impresa aquella poesía (!) en un periodiquillo mercantil, mitad en francés y mitad en italiano, que se leía mucho en cierto café de Galata, donde concurrían los comerciantes.

¡Pobre númen! Se me antojó que lo veia á él en persona, sepulto entre un monton de fardos, expidiendo de su alma su último aliento!